

El pepino

Rafael Imposible



Capítulo 1

Ya hace doce años que Juan había olvidado las causas del conflicto. Su Abuelo le contaba historias sobre la guerra y el fin de los tiempos; pero, en su vejez, habría de resignarse a rezar todos los días a un pepino que guardaba con recelo en un nicho tallado en la pared. Un altar que él mismo había tallado con sus propias manos, esas manos que utilizaba para gesticular mientras hablaba, de modo que, si alguien pudiera verlo, lo tomara por esquizofrénico. Pero no había nadie con quien hablar. No había nadie que lo viera. Deambulaba todos los días por su pequeño cuarto en espera de alguna noticia nueva, las mismas noticias que pueden anunciar las nubes o los pájaros. Hace años que se extinguieron las cucarachas, pensaba con orgullo. Recuerda los tiempos difíciles en que esos bichos invadieron metro a metro, hasta consumir países enteros. Era la radiación claro está, según oía de los grandes. Alguna especie de mutación las había fortalecido. La noticia cayó de boca en boca, puesto que a su edad la televisión era un mito. La oralidad, recuerda con ternura, había provocado en él una imaginación desbordada, cualidad por la cual fue buen orador y contador de historias. No puede reír sin soltar una lágrima: por más que cuenta historias a diario, no hay quien las escuche. Ha sido difícil imaginar que es el último hombre en la tierra, o al menos eso es lo que sabe, o imagina tristemente, porque el último contacto fue hace sesenta años. Se ve a sí mismo de pie frente a sus plantas. Habla quedo, con una oración para el frágil jitomate, o una canción de cuna para la albahaca, cuya respuesta para con él es el peculiar aroma de la albahaca. Aprendió hace mucho a agradecer. Porque si ahora se mira frente a mejores tiempos, hubo otros en los que debía correr a petición de su madre, quien, confiando en las fuerzas de un adolescente, le encargaba las plantas más vulnerables envueltas en viejo lino y en húmedas camisetas. Había un mensajero que hablaba con su madre, lo veía fatigado y triste. Su madre cortésmente le brindó un vaso con agua. La plaga había llegado a la esquina de Reforma y Cinco de Mayo. No quedaba mucho tiempo. De pronto el camino hacia la Malintzi se llenó de niños, todos al paso con su pueril jadeo y debilidad física, todos cargando tanto plantas como costales de semillas y taras de pan; todos esos niños con los que esta mañana jugaba, tenían en el rostro la misma preocupación que aprendieron de sus padres. Corrían como él, eran lo mismo que él; eran, sin saberlo, la esperanza de los grandes de recobrar lo poco conquistado. Al llegar al punto referido por su madre, Juan se dio cuenta de que era el más grande de todos. Exhaustos, meditabundos, consternados, esperaban impacientes el momento en que pudieran abrazar a sus padres. Pero los grandes nunca llegaron. Volvió a cantar suavemente mientras acariciaba los tallos encrespados del pepino, y revisaba la cerca hecha a modo de cuadrícula, en cuyos cables se enroscaban alegremente los Cucumis sativus; seguía con su dedo el trazo de la planta, al ritmo de su canción, en busca de alguna anomalía o enfermedad. Lo interrumpió el grito de una niña en medio de la nada, a la tenue luz de un fuego que amenazaba con

dejarlos a oscuras. Intentó sin éxito controlar el pánico en ese rebaño de niños. Se sentía responsable de cada uno ellos, y mientras mantenía los ojos cerrados a la par que continuaba su inspección por el cable, interrumpió su canción para decir que subieran a los árboles, ¡todos a los árboles!, pero supo más tarde que nadie lo había escuchado. Durmió sin esperanza y sin quererlo, vencido por la resignación de morir devorado, dejando de lado el terror de la escena que imaginaba, mientras el bosque en total oscuridad arrojaba gritos y estertores, además del sonido inconfundible de millones de cucarachas caminando bajo el árbol. Abrió los ojos, los pepinos estaban bien. Volvió al cuarto. Fue al nicho donde guardaba el pepino y volvió a rezar, esta vez con mucha más devoción. Cuando Juan bajó del árbol era de día. Inspeccionó el área. Todo había desaparecido: se comieron las mochilas, los viejos linos, incluso unos zapatos, sólo quedaron las hebillitas de metal; todo menos una caja de pepinos. Con gran solemnidad guardó el pepino en el nicho, y se dispuso a contar, con gran afectación y en voz alta, la historia de un hombre que había derrotado a las bestias.